

entre una sonrisa y un saludo de la mano; y para dar fin á la escena, ordenó al lacayo:

—¡Á casa!

Silvio se quedó de pie en la acera, palpitando de un gozo y de una esperanza que le movían á alzar los ojos hacia el firmamento, alto, estrellado y frío, con ese gesto que hacemos involuntariamente para referir nuestras grandes emociones á algo mayor que ellas, á lo verdaderamente inmenso, á lo que nos envuelve y protege con su magnitud.—La helada, que parecía descender de la majestuosa bóveda salpicada de joyeles de pedrería, le sobrecogió; y la sensación glacial que recorrió sus venas y sus huesos se enlazó con la idea vagamente religiosa que descendía de los astros, de las constelaciones radiantes.

VI

ALBORADA

Sentada ante la mesa granítica, bajo el toldo claro de las acacias en flor, Minia Dumbria no acababa de resolverse á abrir el correo, y seguía enfrascada en un librote, cuya portada rezaba:—*Argos Divina.—Nuestra Señora de los Ojos grandes.*—El correo la producía fastidio, con los diarios que inunda la contradictoria información telegráfica, con las revistas también inficionadas de noticierismo intelectual, con el epistolario aburguesado por las postales; y siempre vaciaba, antes de sufrir el chaparrón de papel.

Acertó á pasar la baronesa, empuñando su tijera de podar y su navaja de injertar.

—Tienes ahí exclamó—una carta de Silvio Lago. ¿Por qué no la abres?

—¡Verdad!—respondió la compositora.—Y ya no está en Busot. El timbre es de Madrid.

Rompió el sobre y descifró la epístola, de esa letra rasgueada, dibujada, que es la letra de tantos pintores.

—No ha mejorado—advirtió Minia.—Cansancio, sudores copiosos, inapetencia, destemplanza... En Busot debió de ser alta la fiebre... Dice que de no-

che sostenía animados diálogos con la caja de cerillas y la palmatoria... Que se batió tres días con una paella amotinada en el estómago. ¡Ah! Que nuestro Alejandro San Martín le ha visto y le ordena campo, tranquilidad... Que te pregunte si permites que venga á reponerse un poco, antes de emprender el regreso á Francia!...

Preocupación grave se traslució en el rostro de la señora, y su mirada, á pesar de la edad tan viva y despierta, se ensombreció un momento, cruzándose ansiosa con la de su hija.

Las dos miradas expresaban un convencimiento igual. Minia fué la primera á formularlo.

—Viene á morir.

Callaron. La tarde era divina, serena, radiosa. Otros años, en el mes de Mayo, habían tenido que usar pieles; pero en aquél, la primavera vestía de gala, el aire parecía entibiado por un hálito de amor. Los tapetes verde manzana de la hierba se mostraban salpicados de ranúnculos, cicutas y primulas silvestres; las locas gramíneas alzaban sus airones y desparramaban su lluvia menuda de mosaicilla temblante sobre invisibles hilos; las biznagas extendían su blanca umbela; las primeras mariposas, vanesas amarillas y apolos de carmín, revoloteaban nadando en un céfiro benigno, que las mecía con halago; y la vida inquieta, rebosante, de la Naturaleza, se estremecía en el renuevo de la vegetación, en los gorgoritos frescos del agua del surtidor, que recae emperlando de rechazo las hojas carnosas, duras, de las últimas camelias.—Minia contempla un instante el jardín, el prado, sobre cuya

llende los rosales en lujosa floración tienden guirnaldas Luis XV. Y, pensativa, repite despacio:

—Viene á morir... ¿Qué le respondo?

La baronesa, en un arranque, grita:

—Que venga... Que nos avise, para esperarle en la estación con el coche... Y el lunes, á Marineda, á comprar mantas nuevas... Voy á enterarme de si hay sábanas en abundancia... Las asistencias piden ropa...

Silvio llegó como diez días después. En el andén le aguardaban muy preocupadas las señoras; sabían que ningún criado acompañaba al enfermo, y temían que viniese destrozado de tan largo y molesto viaje. No se engañaban. Para saltar del coche hubo que auxiliarle, que suspenderle. No le sostenían las piernas. En cambio, Bobita se disparó de la perrera como demente, con brincos de alimaña fantástica, con rugientes ladridos, y arrastrando al criado que la asía por la gramalla.

En el cesto, que corría por ancha carretera hacia las Torres, á la claridad franca del día despejado, Minia examinó al artista con esa avidez curiosa que despiertan las faces humanas donde buscamos la impronta del postrer sello. Aun descontando la fatiga, la ofensa del polvo y de las partículas de carbón sobre la téz, todavía asustaba la cara de Lago.

Sus mejillas se hundían, y bajo la gorra inglesa de viaje, sus orejas de cera se despegaban y transparentaban la luz solar. Sus ojos, cercados de livor, mazados, tenían en la pupila esa transparencia acuosa que revela, antes que sintoma alguno, la rapidez de las combustiones que, desnutriendo el organismo, determinan la consunción.

Para disimular, Minia charló, chanceó. Al pronto Silvio respondía animado; luego pareció abatirse. Enmudecieron. A una revuelta, el artista preguntó:

—¿Llegaremos pronto?

—En seguida—afirmó la baronesa, mintiendo piadosamente.—¿Qué, no conoce el camino? Media legua faltará.

—Es que no veo la hora de estar en Alborada... Allí en seguida voy á ponerme bueno.

—¡En seguida!... Es decir, á los pocos días... Le daremos cosas muy sanas, muy rica leche. Ya tengo un pellón de manteca fresca, de la que le gusta. Y pollito asado, *lirpas* y mariscos.

Silvio sonrió con placer pueril.

—¡Es lo único que necesito! Comer mucho, y cosas que me sienten. Lo que yo tengo no es más que eso: la pícara inapetencia, y, de ahí, la debilidad; ¡pero qué debilidad, Minia! No puede usted figurarse. Una desesperación. ¡Ahora que me faltaban manos para tanto retrato como en el otoño me saldría en París!

—No hable usted mucho; cuidado—advirtió Minia.

Involuntariamente se palpó la falda, hacia donde caía el bolsillo. Acordábase de que en él llevaba

una carta de Alejandro San Martín, el cual, habiendo reconocido á Silvio, hablaba de pulmón atacado ya, de tuberculosis difusa.

—Va usted á ser juicioso, á dejarse cuidar—agregó la baronesa.

—Si—asintió él;—pero no me ha de embutir usted con el atacador... ¿eh? Comeré de lo que se me antoje, la cantidad que quiera. Y mejor si no me enteran antes del menú. Estoy muy caprichoso... ¿Se acuerda usted de cuando yo decía que la felicidad es una buena digestión?

Calló, y dejó caer la cabeza, dando señales de desfallecer. La baronesa ordenó al cochero:

—¡Areal ¡Aprisal

Restalló la fusta, trotó largo el tronco, y un granujilla de la aldea, que iba agarrado al juego trastero sin que le viesan, rodó al polvo, mientras otros de su calaña, que diableaban en la cuneta, chillaban á coro con entonaciones burlescas:

—¡Tralla atrás! ¡Tralla atrás!

Silvio, confortado, sonrió.

—¡Cómo conozco todo esto! Aquí, y sólo aquí, ¿lo oyen ustedes?, está la vida.

Revolvían ya por el provincial que entre pinares y labradíos conduce á Alborada, paisaje más campestre, no profanado aún por la promiscuidad de tabernas y tenduchos que festonean el real. Desde que nos acercamos á Alborada hay más soledad, más rusticidad; huele á trementina, á madreSelva, á lejanas brisas salitrosas, á fiemo de vaca. Se corta la cinta de villas, casuchas, molinos, tapias, prolongación de los arrabales de la floreciente Marinada,

y entramos en la región aldeana, en la Mariña rural. El aroma resinoso de los pinos que brotan su tierna ramalla encantó á Silvio.

—¡Qué fresco tan delicioso!—murmuró.—En Alicante y Madrid, el calor me agobiaba. ¡Sudar siempre! ¡Derretirse!

Habían pasado ante quintas antiguas, ante otra de enverjado moderno; y á la nueva revuelta surgieron las blancas Torres, caladas por ventanales atrevidos, dominando el valle, resaltando sobre un fondo de arbolado sombrío, denso, sin límites visibles de murallas.

Minutos después Silvio descendía del coche en el patio. Su habitación estaba preparada, su cama hecha. Propusieronle que se acostase sin tardanza; se avino, y del brazo de un criado antiguo destinado á servirle, subió las escaleras casi exánime. Pero encontró agua templada, jabón, toallas; el servidor abrió la maleta y le sacó ropa limpia, le cepilló la de paño; y aseado, reanimado, quiso bajar, cruzó el atrio de la capilla, y por su pie se acercó á la mesa de piedra.

En vez de las sillas de hierro le trajeron una butaca ancha y cómoda, y se dejó caer en ella, rendido pero entusiasmado.

Ansiosamente contempló el panorama. La tarde caía; el crepúsculo iba á ser interminable. Era difícil explicar en qué se notaba que el día tocaba á su fin; acaso en que la claridad era mansa, como enlanguidecida, velada por misterioso tul que no podía llamarse sombra. Todo reposaba tranquilo. El poniente se esmaltaba de nácares deliciosos, como

los de las auroras. Los montes lejanos, la ría que engañaba fingiendo un lago cerrado por anfiteatro de colinas, se tenían de matices armoniosos fundidos suavemente, de pastel pasado. Bajo la terraza, las madre selvas y las grandes daturas venenosas aromaban intensas. El humo de las cabañas flotaba inmóvil en la paz del cielo y del suelo. Y, de lo alto de las acacias, llovían con regularidad, acompasadamente, las blancas florecitas, aljofarando la arena, y se creería que su descenso era una cadencia musical, un ritmo de melancolía. El lucero empezaba á ser visible. De la parroquial de Monegro vino el toque de oración.

Silvio alzó la cabeza transportado.

—No quisiera ahora haber salido nunca de aquí. ¡Cuando pienso que me había jurado no poner los pies en Alborada hasta ser célebre!

—No piense ahora en eso... Descanse... Lo que tiene usted será agotamiento, Silvio—advirtió la compositora.—Ha sufrido usted mil ansiedades, ha padecido mil privaciones, y eso destruye...

—¡Ah!... Ya sé que esto no es de cuidado...—murmuró él lleno de optimismo.—Pero ¡qué contrariedad! ¡Qué desbarate de planes! Ahora debía yo encontrarme en el estudio de Dagnan Bouveret, ó en el castillo de la Condesa de los Pirineos, pintando un techo para el gran salón... Y ¡preso! ¡preso!—añadió, olvidándose de los himnos antes entonados á Alborada.

Miraron hacia el camino: por él cruzaban figurillas pintorescas. Eran, travesando, pegándose, los niños de la Escuela de las Hijas de la Caridad, fun-

dación hecha por una vieja ricacha; era un cura de aldea, de sombrero de fieltro, caballero en un rocín; era un inmenso carro de ramalla que atascaba el anchor de la carretera; era una pescadora de Areal, de retorno, con su patela ya vacía. Y cuando se despobló el camino, cuando dejó de pasar gente y se extinguió el chirriar de los carros, exclamó Silvio:

—Sale la luna... ¡Tengo frío!

Se recogieron á casa. Silvio, los primeros días, mejoró visiblemente. Una persona inexperta hubiese podido creer que la tuberculosis se batía en retirada. El júbilo de recobrar unos asomos de fuerza hacía que el artista cantase ditirambos al campo, á la existencia sin agitaciones, á la ubérrima abundancia que las Torres ofrecen. Las bellas tardes, secas, aromadas, elásticas, del luengo Mayo, se las pasaba indolentemente echado entre almohadas, ya en la hamaca de cuerda, ya en la butaca de persia á floripones, considerando, sin saciarse, los juegos de la luz en el panorama extendido frente á la terraza, y el espejo azul ó acerado del trozo de ría que se columbra á lo lejos, entre el marco de felpón de los pinares y los eucaliptus. La paz de las cosas recaía sobre su espíritu, y el descanso de no tener que pensar en nada material le causaba hasta humorísticos transportes.

Una tarde gritó:

—¡Calla! ¡Ahí vienen mis augustos primos!

Ya llamaba Sendo á la campana de la verja. Su frescachona mujer se había parado un poco atrás, sosteniendo en equilibrio sobre la cabeza una cesta

de mimbres, posada en un ruedo de paja y tapada con un paño niveo. De su mano derecha colgaba el segundo de sus chicos, el que llevaba el nombre de Silvio, aunque no fuese su ahijado. El pequeño resistía un poco el impulso de la mano materna; era evidente que entraría contra gusto.

Abierta la verja, Silvio les miró avanzar por la larga calle de magnolias, con un paso medido, ceremonioso. Se acordaba de su llegada á Areal, del almuerzo de sardinas saladas á granel y vino *pifón*, y sentía una pena nostálgica, como si aquel recuerdo se refiriese á tiempos de gran felicidad, ya desvanecida, imposible de gozar otra vez. Y sin embargo, entonces estaba en los comienzos de su lucha, incierto, abandonado, con leve esperanza. Entonces, el ideal hubiese sido lo de ahora...

La familia penetró en el circuito que sombrean las acacias, saludando con premura, insistencia y afectado regocijo. Las señoras creyeron deber dejar solos á visitantes y visitado. María Pepa no pudo, al ver á Silvio de cerca, reprimir un movimiento de franca compasión, que le salió á la cara, más que nunca trigueña y dorada como el bollo que acaban de desenhornar,—mientras Sendo forzaba la nota de cordialidad alegre, repitiendo con falsa admiración:

—¡Estás muy gordo! ¡Estás más gordo que antes! ¡Estás rufo!

El niño se había ocultado—temeroso de aquella faz cérea, de aquella morada de señores,—tras las faldas de su madre, y ésta, arrimándole un moquete, destapaba la cesta, descubriendo bajo

blanco mantel rudo una empanada decorada con jeroglíficos de tirillas de masa, el tradicional dibujo que tal vez recuerda un arte primitivo. Olor apetitoso se derramó por el aire. La baronesa llegaba en el mismo momento precedida del criado, portador de amplia bandeja, y en ella bizcochos, mantecadas, una jarra de recién ordeñada leche.

—Aquí trajimos esta pobreza, porque al primo le gustan las sardinas en empanada—declaró Sendo excusándose.—No se ha podido arreglar cosa mejor...

—Huele á gloria—afirmó Silvio, engolosinado por capricho súbito.

—Ahora, mejor será que tomen leche todos—ordenó la baronesa,—y este pequeño, que se acerque; darle mantecadas.

—Aquí, nene—suplicó el artista.—Otro día que vengas temprano te he de retratar. Eres rubio y bonito. Y á usted también, baronesa, la retrato seriamente. Ya estoy deseando trincar los pinceles ó los lápices... En Busot nada he pintado, ni estos últimos tiempos en Madrid.

—Pero allá en Madrid y en París de Francia, ¿ganabas mucho, verdad?—murmuró como á su pesar Sendo. Y desmenuzaba atentamente al primo, buscando en la ropa señales de la ganancia.

—Lo que gané se fué volando—respondió él con alarde de buen humor.—No creas que vengo millonario... Eran los dineros del sacristán.

La baronesa sonreía. Sabía que Silvio, para emprender su viaje, había necesitado que le diese mil pesetillas una de sus mejores y más desinteresadas

protectoras. Y se representaba las ideas que bullían en el cerebro de la pareja artesana, visitada por la prosaica, pero dulce Quimera del primo poderoso en virtud de aquellos santos y aquellos monifates que trazaba sobre el papel, y que (no se sabe la razón) valían tantos cuartos y tanta honra.

El panadero sospechó que su primo "se lloraba", ocultaba la riqueza por no compartirla.

—Luego quiérese decir, que todo lo despabilaste ¿eh?—murmuró en tono reticente.

—Todo... ó poco menos—recalcó Silvio.—Pero ¡no importa! Ahora es cuando voy á ganar...—Y el velo de ilusión cubrió sus verdiazules pupilas.—Ahora sí que os prometo que el mayorcito... ó si no éste, que es tan guapo... corren de mi cuenta.

Como en aquel momento se acercase la danesa, impetuosa, brincadora, ladradora, dispuesta á saltarle el cuello á su amo—el niño, aterrado, rompió á llorar.

—¡No quiero!—cuchicheó á su madre.—¡No quiero que este señor me lleve! ¡Está difunto! ¡Está difunto!

La panadera le tapó la boca con su mano recia, carnuda.

Los doctores venidos de Marineda mostráronse conformes con el diagnóstico de su ilustre compañero de Madrid. Tuberculosis difusa... La más gra-

ve, la más rebelde... Existía, sin embargo, una leve diferencia de pronóstico. El doctor Moragas, más desengañado, no dejó esperanza alguna. El doctor Lemasis todavía fiaba un tanto en el régimen, en el descanso, en la sobrealimentación, en los cuidados de la baronesa, gran enfermera...

—Al aire libre todo el día... Las ventanas de su aposento, que nunca se cierran... Que coma lo más posible, platos nutritivos... Si aumenta de peso, nos hemos salvado... Tísico que engorda, tísico que cura... La tisis es un fenómeno de desnutrición... Huevos, huevos, aves blancas...

Y empezó en Alborada una época de incesante preocupación alimenticia. Pilara, la mayordoma, excelente cocinera al estilo sencillo y succulento de nuestros abuelos, se consagró á aderezar piperetes y golosinas, á variar, evitando el hastío. Salieron á relucir los flanes, las natillas, los huevos moles, los ladrillados trasudando almíbar, el tocino del cielo, las mantequillas, los roscones, las torrijas, las compotas balsámicas, el chantilly con su toque de vainilla negra sobre el armiño de la crema untuosa. El doctor había aconsejado "disfrazar" los huevos y los lactinios. La baronesa en persona vigiló los asados y los beefsteacks. Las pescadoras que cruzaban ante el portalón eran llamadas, para que trajesen en el viaje próximo lo más "vivo" y selecto de mariscada y pesca. Silvio, antojadizo, rechazaba la mayor parte de los platos; pero á veces se entusiasmaba con un manjar, y de aquel devoraba ávidamente. Hubo almuerzo en que se le presentaron doce ó quince platos diferentes en fuentes disminu-

tas—pues la comida en cantidad le repugnaba.— La baronesa hacía el panegírico. ¡Qué bueno, qué sabroso! Que comiese, que comiese; el campo haría lo demás...

Y como en el sillón empezaba á fatigarse, se le improvisó una camacatre, mullida, coquetona, con colcha de pabellones, para que pasase las horas de sol echado en el jardín de la fuente. Lo prefería á la terraza ahora, por ser, de los jardines de Alborada, el más florido y alegre en aquella estación. La musiquita lenta, cristalina, flébil, como de manucordio antiguo, que hacía el surtidor, arrullaba al enfermo, le ayudaba á conciliar un sueño menos febril que el de la verdadera cama, donde se liquidaba en sudores mortales. Á ratos, dormitaba; á ratos, abría lánguidamente los ojos, y su mirada, infinitamente lacia, se posaba, con destellos de placer, en la floración que le rodeaba y que halagaba su sibiritismo, envolviéndole en la embriaguez de los efluvios primaverales.

Las tres de la tarde serían. No hacía calor: casi nunca lo hace en Alborada: una brisa deliciosamente húmeda abanica siempre á las celestes Mariñas. Silvio, adormilado, despertó, porque el aire, cargado de penetrante perfume de azucenas y de gotitas microscópicas arrancadas al surtidor, acababa de acariciarle las macilentas sienas. Medio se

incorporó, suspirando.—Minia estaba allí, en una mecedora.

—¿Por qué se ha vestido usted de un color tan obscuro?—refunfuñó el artista.

Tenía esta exigencia: que el traje de las mujeres fuese claro, delicado, y de última moda.

—¿Pero á usted qué le importa cómo me he vestido?—protestó ella riendo.—Ahora iré á ponerme el traje de batista perla con entredoses, ya que le da á usted por ahí... Figúrese que vengo de dirigir á los picapedreros y se llena uno de arena y de barro... Pero le comprendo á usted bien. El jardín, con este océano de azucenas en flor, está muy artístico, y usted no quiere nada que descomponga el cuadro... La casualidad se lo va á completar. Mire usted...

—¡Qué hermoso!—no pudo menos de exclamar el pintor.

Por las calles tortuosas, bajo el arco de tupida yedra, asomaba un grupo de tres monjitas. Eran las Hermanas de la Escuela, cuyo edificio se divisa desde toda la posesión de Alborada. Vestían su humilde traje, rematado por las tocas, que envuelven en sombra y calma el rostro; pero una de las hermanas se diferenciaba de las demás en extraños detalles de su atavío. Silvio creyó soñar, al ver sobre el pecho de la monja, al lado izquierdo, un ramo de azahar de cera, y sobre su cabeza una corona de flores hierática y rígida, alta como las de las imágenes del siglo xvii. La carita oval, pequeña, de una infancia de líneas digna del pincel de un primitivo, la iluminaba la pasión y la radiación de

dos ojos negros, murillescos, melados. Un júbilo candoroso, apenas reprimido, se leía en ellos, en la boca bermeja, en la frente reducida, hecha para la aureola de la toca; y al divisar á Silvio, la piedad sustituyó á aquella enajenación de triunfo.

—¿Es el enfermito?—preguntó.—¡Qué jovencito! ¡Pobre!

Y las dos monjas acompañantes de la desposada, más expertas, se apresuraron á decir:

—¡Pero ya está muy repuesto!... ¡Ya parece otro!

—Es sor Margarita, la parvulista, que ha profesado esta mañana—explicó Minia.—Hoy está de novia; celebra sus bodas.

—De novia está servidora, por cierto—repitió la cándida voz juvenil.

—Refrescaremos luego—advirtió Minia.—Sor Margarita, siéntese junto al enfermo, para que la vea.

—¡Nuestra Señora le sanel!—deseó fervorosamente la desposada.

—¿Por qué la llaman á usted parvulista?—preguntó Silvio á sor Margarita.

—Porque servidora es la que enseña á los pequeñitos—contestó la monja.—Los pequeñitos, los parvulos...

Hablaba de los niños con inflexiones muy suaves. Bajaba los ojos, ruborosa. Silvio la contemplaba, y veía temblar sus negras, pobladas pestañas, sobre la mejilla sonrosada, de una tersura maciza de capullo. Y, detrás de sor Margarita, las azucenas formaban semicírculo, como el fondo de una página de misal. Las había muy abiertas; otras no desabro-

chaban aún, escondiendo en su seno de perla peraltada el oro de sus pistilos. Silvio no se acordaba del mal. Absorto en el hechizo de aquella acuarela —la monjita, con su corona hierática y su ramo de azahar sobre el pecho, rodeada de las flores marianas, envuelta en el perfume de sus incensarios místicos,—no pensaba en otra cosa. Entre el canto del agua del surtidor—no menos pura, no menos musical,—escuchaba un acento que repetía:

—¡Nuestra Señora le sane! ¡Le dé lo que más necesite! Por el día en que estamos se lo he de pedir...

Dos horas después, Silvio secreteaba á Minia:

—¿No cree usted que la monjita ha de pensar algo en mí, al quedarse sola, aunque no quiera?

Minia sonrió de la fatuidad candorosa del artista... Lo que había exclamado sor Margarita al salir del jardín era esto:

—¿Se dispondrá? ¿Le ocurrirá cuidar de su alma? ¡Dichoso él entonces!

Y las dos monjas mayores repitieron:

—¡Dichoso él entonces! Y se va á quedar como un pajarito, á la hora menos pensada...

Preocupado aún, Silvio murmuraba:

—¡Qué mona es esa esposa... sin esposo!

—¿Sin esposo?—repitió Minia.—De las mujeres que conoce usted, ¿es ésta la que está sin esposo? Piense en las demás... en sus amigas... ¿Es tener esposo tener al lado un señor de bastón y gabán? La parvulista tiene esposo; vive por él, con él. Acuérdesse usted de lo que me escribió desde Holanda, cuando pudo usted contemplar el *Cordero*

Místico... Hay una verdad, una verdad que no está en el barro, ni en la fisiología...

Y el artista, riendo como niño que olvida sus miedos, aprobó:

—Está tal vez en las azucenas...

—Está de fijo en las azucenas—confirmó Minia.

—Todo lo demás es bien deleznable.

—Parece una niña la parvulista—observó Silvio.

—Joven es, pero no tanto como representa; su inocencia le sirve de infancia. ¡Si supiese usted á qué trabajo se dedica! Toda su enseñanza es de viva voz. Hay días en que se acuesta despedazada, hecha trizas la laringe.

—Contraerá una tisis—pronunció Silvio, apiadado, sin reflexionar. Y Minia, asombrada de la ironía de las cosas humanas, de aquel moribundo vaticinando á un sér todavía sano su mal mismo, suspiró.

—No suelen llegar á viejas estas parvulistas... —dijo.—Sor Margarita, hoy, era una rosa entreabierta, pero á diario está muy pálida, consumida. Quiere de un modo infinito á los pequeños, y aunque hagan mil trastadas, no los castiga jamás. Madre es, madre entrañable... No diga usted lo contrario.

—Lo que digo es que quisiera retratarla, sobre esta línea de azucenas, con su corona de flores y su azahar sobre el corazón. ¡Qué hermosa es la primavera, Minia! ¿Cree usted que se dejará retratar la monja?

—¡Estoy segura de que la superiora no se lo permitel...

La sacudida se prolongaba en los nervios de Silvio. Llamadas breves de arte, de gloria, encendían su diaria calentura. Habiendo comido un poco mejor, reposado algo, recibido la benéfica influencia del renuevo, de la germinación y expansión de la naturaleza,—esperanzas, impacencias, llamamientos de lo exterior le soliviantaron.—Y una mañana, al rechazar la bandeja con la copa de leche vacía, susurró al oído de la baronesa:

—¡Estoy mejor!... ¡Estoy mucho mejor!... He resuelto empezar á pintar. Iré por ahí, tomaré apuntes de paisajes...

Nadie le contradijo. Levantado al otro día más temprano que de costumbre, afeitado, aseado, galvanizado, dijérase que, en efecto, recobraba la salud por instantes. En la sala del piano, donde acostumbraban pasar la velada, sobre anchurosa mesa antigua, de caoba lustrada por el uso, dispuso el artista que se colocasen y extendiesen los chirimbolos del oficio. De todo había traído en abundancia: rollos de papel, cajas de lápices, lienzo imprimado, pinceles, tubos de color; la baronesa suministró el caballete. Domingo, el criado que atendía al artista enfermo, sin repugnancias ni aprensiones de contagio, acudió solícito á evitarle la fatiga, á arreglar y limpiar tanta menudencia. Mientras el servidor frotaba, ordenaba, dejaba la paleta libre de cazcarrias de color seco, reluciente de aceite, como bruñida, Silvio, desde su sillón, seguía las operaciones con ansia, pareciéndole que se tardaba mucho en terminar. Sobre un tablero extendieron el papel gris y lo sujetaron con chinchas: Silvio no sabía si

empezar por un pastel ó un óleo, y también en largo bastidor le clavaron lienzo... Cuando todo estuvo corriente, formado, en orden los pinceles, las brochas, las buretas, el frasquito del barniz secante, á buena distancia del caballete, levantóse Silvio, rechazó la manta con que la baronesa le había cubierto las piernas, como siempre,—y á paso vacilante se acercó á la mesa, exprimió color de los tubos, encajó el pulgar izquierdo en la paleta, agarró el tiento, un puñado de pinceles... Quería "manchar" cualquier cosa...—De repente un vértigo le cubrió de sombra las pupilas, una mano de bronce le cayó sobre el pecho: era la palma de un gigante obscuro, que había entrado por la abierta ventana, y que, del manotón le arrancaba paleta, pinceles, todo... Y desvanecido, Silvio soltó los instrumentos, y recayó en el sillón, gesticulando insensatamente. Sobrevino el ataque de nervios, anunciado por el primero de los rugidos estertorosos que habían de llegar á ser forma usual y aterradora de su queja...

Desde aquel momento, los trebejos de pintar desaparecieron; el artista no volvió á reclamarlos, no porque se hubiese penetrado de la verdad tremenda, sino porque sus fuerzas decaían, y entraba en ese período en que el enfermo no atiende sino á sufrir. No era su lenta agonía la extinción suave, insensible, de la vida del pájaro, que habían predicho las monjas; entre todas las formas del mal, había tocado en suerte á Silvio la más cruel. Su enfermedad empezaba á ascender hacia la cabeza. Por momentos, las alucinaciones de Busot volvían, pero no humorísticas, sino terribles, delatorias de